

AREA

**agenda de reflexión en arquitectura,
diseño y urbanismo**

*agenda of reflection on architecture,
design and urbanism*

Nº 18 | OCTUBRE DE 2012
REVISTA ANUAL

Universidad de Buenos Aires
Facultad de Arquitectura,
Diseño y Urbanismo

CONTENIDOS | CONTENTS

- 7** Editorial
- 9** Factores de exposición al riesgo de lesiones viales
PATRICIA MAYO | DIANA DE PIETRI |
PATRICIA DIETRICH | ALEJANDRO CARCAGNO
- 23** Semiótica narrativa de la arquitectura:
¿opción eficaz para el diseño?
BRUNO CHUK
- 39** Reflexiones sobre la posibilidad de emergencia de una epistemia intersectorial. Aportes desde una experiencia particular en Villa La Tela, Córdoba
PAULA PEYLOUBET | MARIANA J. ORTECHO
- 53** De la 'casa de tres patios' al 'hôtel particulier'
GUILLERMO L. RODRÍGUEZ
- 65** Ecología y color en textiles desde los noventa hasta la actualidad
MARÍA L. MUSSO
- 77** La estación del Ferrocarril Santa Fe y la configuración de un espacio urbano diverso
MARÍA A. SAUS
- 90** Reseña de libro
- 92** Aperturas

gusto
habitar
arquitectura
distinción

taste
dwell
architecture
distinction

> GUILLERMO LUIS RODRÍGUEZ

Secretaría de Investigaciones
Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo
Universidad de Buenos Aires

DE LA 'CASA DE TRES PATIOS' AL 'HÔTEL PARTICULIER'

Todo cambio en el gusto artístico está marcado por la aparición de un nuevo público. La elite porteña cambia sus tradicionales casas de tres patios por el "hôtel particulier", la hipótesis que aquí se trata de demostrar es que lo hace a partir de auto-construirse como aristocracia. En este proceso, la arquitectura no solo actúa como símbolo que da prestigio, sino como instrumento para esta transformación, como marca de identidad y de educación hacia el interior del grupo y de diferencia con el resto de la sociedad.

From the house of three yards to the 'hôtel particulier'

Any change in artistic taste is marked by the appearance of a new public. Buenos Aires's elite changes its traditional houses of three yards into the "hôtel particulier". The hypothesis we are trying to demonstrate is that this happens once this elite self-appoint as an aristocracy. In this process, architecture acts not only as a status sign but also as an instrument for this transformation, as brand of identity and education towards the interior of the group and also as a differentiating element from the rest of society.

En la segunda mitad del siglo XIX, las elites porteñas pasan de habitar las tradicionales ‘casas de tres patios’ a construir palacios urbanos. ¿Por qué eligieron esas formas? Si pensamos lo social como el espacio donde los grupos sociales despliegan estrategias de acuerdo a sus intereses, la arquitectura se nos presenta como un instrumento más a ser utilizado. Instrumento útil tanto para marcar identidades como diferencias entre los grupos sociales, disponiendo modos de vida y recursos simbólicos. La consideración de la arquitectura *exclusivamente* con los parámetros de la crítica de arte (valorando lo estético visivo por sobre su relación con el habitar) no nos permite ver el complejo juego de relaciones que se establecen en la adopción de unas conformaciones arquitectónicas frente a otras. Juego social del habitar que involucra estrategias de los grupos sociales: de diferenciación, de identificación, de proyectos de vida, esperanzas, sueños e ilusiones que no caben en el estrecho concepto de función. La adopción de este punto de vista nos impone el estudio de los acontecimientos históricos en su singularidad; singularidad que se diluye cuando el punto de vista que se adopta es el de alguna totalidad genérica, como es el caso de las corrientes hoy hegemónicas dentro de la historia de la arquitectura argentina, cuando el propósito es el del aporte del “capítulo argentino ... del proyecto moderno en arquitectura” (Sarlo 2008), el de circunscribir un fenómeno extraordinariamente complejo a un episodio “de esa gran Historia mundial de la Arquitectura de la modernidad que todavía está por escribirse” (Liernur 2008). Dicho punto de vista, al definir *a priori* un héroe abstracto (la modernidad) que se nos presenta como una fuerza histórica, relega a un segundo plano las fuerzas sociales reales que operan en la historia, donde en reali-

dad la modernidad no es sino un proyecto, una estrategia discursiva en esa disputa de intereses de las fuerzas sociales reales, de la que forman parte también los dispositivos del campo profesional y la misma definición de arquitectura. Ligado a esta cuestión, aparece también el papel, tanto fáctico como legítimo, del comitente en la definición de las formas arquitectónicas.

Nos encontramos frente al problema del *príncipe* (como figura simbólica del campo del poder), pero no como un factor externo, meramente posibilitante del hecho arquitectónico, sino como factor actuante en la determinación de las conformaciones arquitectónicas.

El presente trabajo puede considerarse como un estudio de caso, una introducción a una serie de problemáticas e hipótesis a los fines de comprender mejor las complejas relaciones que están jugando silenciosamente como fondo de la práctica de la arquitectura. El caso que estudiamos es el paso de la tradicional “casa de tres patios” al “hotel particular” por las elites porteñas hacia fines del siglo XIX.

Cambios en la ciudad

A la caída de Rosas (1852), Buenos Aires tenía 76.000 habitantes, quince años después, 177.000. El período que va de 1862 a 1882, es narrado por Lucio V. López:

¡Cómo habían cambiado en veinte años las cosas en Buenos Aires! ... Los salones se habían transformado; el gusto, el arte, la moda, habían provocado una serie de exigencias sin las cuales la vida social era imposible. ... No era chic hablar español en el gran mundo; era necesario salpicar la conversación con algunas palabras

En un brevísimo período, el grupo social dominante en Buenos Aires pasa de un relativamente modesto vivir a la posesión de riquezas que le permitía codearse con los sectores más favorecidos de Europa.

inglesas, y muchas francesas, tratando de pronunciarlas con el mayor cuidado, para acreditar raza de gentilhomme.

En fin, yo, que había conocido aquel Buenos Aires en 1862, patriota, sencillo, semitendero, semicurial y semialdea, me encontraba con un pueblo con grandes pretensiones europeas, que perdía su tiempo en flanear¹ en las calles. (López 1960: 89)

Es el paso de la aldea a la gran urbe. ¿Qué cambios produce esto en el habitar de los sectores dominantes? Primero, debemos hacer notar la extraordinaria acumulación de riquezas en manos de los sectores terratenientes que acompaña el proceso, producto básicamente de la apropiación de enormes extensiones de tierras luego de la “Campaña del desierto” y de los adelantos tecnológicos (fundamentalmente los referidos al transporte) que permitían hacer más rentables las exportaciones a Europa.

El crecimiento de la ciudad y de la riqueza no fue solamente cuantitativo, sino que trajo aparejado transformaciones en la sociabilidad en un período breve. Nos interesa marcar esa transformación, que obligó a procesos de adaptación muy veloces, no solo de los inmigrantes, sino particularmente de los sectores hegemónicos en la sociedad.

En un brevísimo período, el grupo social dominante en Buenos Aires pasa de un relativamente modesto vivir a la posesión de riquezas que le permitía codearse con los sectores más favorecidos de Europa.

Huret señala:

Todo eso no estaba instalado muy lujosamente, me decía una de las damas de la sociedad actual. En lo de mi abuelo, uno de los porteños más ricos, el comedor y un dormitorio tenían unos pocos muebles, las otras piezas, donde dormían mi madre y mis tías no tenían más muebles que unos catres. No había chimeneas, para los días fríos, bastaban los braseros. (cit. en Iglesia 1985)

Por su parte Lecuona (1977) dice:

Una de las claves para entender la vivienda colonial surge de la contraposición de las formas de la vida usuales para las familias y las posibilidades que ofrecía la ciudad para su desarrollo habitual. La familia tenía un funcionamiento elaborado y complejo... La ciudad, en cambio, tenía toda la sencillez y poca elaboración del asentamiento reciente ... Existe la misma diferencia profunda entre la baja calidad de un espacio urbano sencillo pero intensamente usado, y la elaboración de un espacio interior de la vivienda de alta calidad ambiental.

La Gran Aldea se transforma en ciudad. No solamente crece, sino que se complejiza, y con ella la sociedad.²

Ha sido estudiado el entramado sobre el que se produce el fenómeno de “mudarse al norte” de los sectores altos, pero ese mudarse va acompañado de otra serie de decisiones en cuanto a las tipologías utilizadas, fenómeno que no ha corrido la misma suerte en cuanto a la atención de los historiadores.

Un nuevo grupo social

No se trata de un mero cambio cuantitativo, sino del proceso de *constitución de una aristocracia* y, por lo tanto, de una reformulación de las relaciones sociales en su conjunto. Insistimos en la idea de considerar a lo que se conoce como “Generación del ochenta” como la forma en que este *nuevo grupo social* se constituye y autolegitima. Decimos “grupo” y no “clase social” porque queremos designar un fenómeno que incluye mecanismos de identificación, imaginarios y gustos específicos que incluyen, pero que no pueden explicarse sobre la exclusiva consideración de su ubicación en la estructura económica. A la vez decimos “nuevo” porque no es

1. Del francés *flâner*: callejear.

2. Wilde marca, con nostalgia, los cambios en *Vida moderna*:

Todo era complacencia y contento; trato franco, sencillez de costumbres, sinceridad en las relaciones, éramos hospitalarios hasta el extremo. No pretendemos decir que todas estas recomendables disposiciones hayan desaparecido, pero ciertamente han disminuido. Nos hemos vuelto más europeos, más dados a las presentaciones formales, a la etiqueta y reserva... Verdad es que, con el andar del tiempo, cierta clase de hospitalidad se ha hecho menos posible, a la vez que menos inevitable; la ciudad está llena de buenos hoteles, y de cómodas casas de alojamiento, de lo que antes carecíamos. (1967: 110-111)

simplemente la suma de los autonomistas, los nacionalistas y grupos del interior, sino que esta integración se realiza sobre un proyecto común que construye una nueva sociabilidad. Proceso complejo y brutal que permite pasar de la autoridad basada en la fuerza (la larga discusión sobre la Capital Federal se resuelve con 3.000 muertos) a la autoridad justificada en la hegemonía cultural. Miguel Cané le escribía a Carlos Pellegrini en 1897:

Tú conoces mis ideas y sabes que solo acepto las aristocracias sociales. En las instituciones, en los atrios, en la prensa, ante la ley, la igualdad más absoluta es de derecho. Pero es de derecho natural el perfeccionamiento de la especie, el culto de las leyes morales que levantan la dignidad humana, el amor a las cosas bellas, la protección inteligente del arte y de toda manifestación intelectual. Eso se obtiene por una larga herencia de educación, por la conciencia de su misión, casi diría provisional en ese sentido. Tal es la razón de ser de la aristocracia en todos los países de la tierra, tenga o no títulos y preocupaciones más o menos estrechas. Entre nosotros existe y es bueno que exista. No lo constituye por cierto la herencia, sino la concepción de la vida. (cit. en Onega 1982: 56)³

Esta institución de un grupo que se define a sí mismo como “aristocracia” lleva un trabajo intenso. Volvemos a Cané, quien refiriéndose al Jockey Club, dice:

Será un club aristocrático, si entendemos por aristocracia lo único que puede entenderse en nuestros días, esto es, una selección social, vasta y abierta, que comprende y debe comprender a todos los hombres cultos y honorables. (cit. por Korn 2000: 50)

Sin embargo, debemos consignar que esta selección es limitada, como relata un testigo de la época: “el círculo en que la alta sociedad se mueve es de hecho limitado y cerrado, teniendo así aspecto de vida de familia — una familia con abundantes lazos de parentesco”

(cit. en Losada 2008: 42). La justificación del papel del grupo en la sociedad no es económica, es más, podríamos decir que necesita negar lo económico, precisamente en un período en que llegan repentinamente enormes ganancias. Estas no son destinadas a la producción, dentro de la lógica del capitalismo, sino que se destinan a gastos suntuarios, que se convierten en una marca de distinción. El ahorro, base de la acumulación capitalista, es practicado por los inmigrantes y estigmatizado por la elite argentina.

Uno de los elementos que más notoriamente se llevan “en la sangre” inmigrante es, según Cambaceres, la avaricia: “Arrojado a tierra desde la cubierta del vapor sin otro capital que su codicia y sus dos brazos, y ahorrando así sobre el techo, el vestido, el alimento, viviendo apenas para no morir de hambre, como esos perros sin dueño que merodean de puerta en puerta la basura de las casas, llegó el tachero a redondear una corta cantidad. (Vázquez-Rial 1996: 106)

Llama en este sentido la atención el hecho de que los hijos de esa oligarquía podían ser socialistas, pero nunca industriales. Por lo tanto, el lujo era un valor (no así la economía) y debía expresarse en las construcciones, haciendo preferibles los luses a los neoclásicos. Pero, a la vez, es necesaria la discreción, que marca la diferencia. La institución de ese grupo supone estrategias de exclusión de quienes son vistos como “invasores”. Así, dirá Cané:

Evitar que el primer guarango democrático enriquecido en el comercio de suelas se crea a su vez con derecho a echar su manito de tenorio en un salón al que entra tropezando con los muebles. No tienes idea de la irritación sorda que me invade cuando veo a una criatura delicada, fina, de casta, cuya madre fue amiga mía, atacada por un grosero ingénito. (cit. en Onega 1982: 56)

Opinión compartida por todo el sector oligárquico; Martel, en su novela *La bolsa*, coincide:

A la verdad que da pena ... da pena ver la facilidad con que estos aventureros encuentran aceptación entre las muchachas porteñas. Ellas posponen a cualquier hijo del país cuando se les presenta uno de esos caballeros de la industria que al venir a nuestra tierra se creen con los mismos derechos que los españoles en tiempo de la conquista. (cit. en Onega 1982: 77)

3. Esta justificación de la aristocracia en base a una “larga herencia de educación” era particularmente endeble, es así que, como observa Noé Jitrik:

Aparece como una constante para los primeros años del ochenta la voluntad de ocultar el origen, no el origen familiar, sino lo material en que se apoya el resplandor del orgullo. Olvidan con bastante frecuencia que la posibilidad histórica que tienen reside en la posesión de la tierra y la producción del ganado. (1982: 66)

La imagen de sí mismos y la arquitectura

Este nuevo grupo crea un imaginario de sí mismo como grupo dirigente y, en consecuencia, vinculado con la legitimidad de un orden del conjunto de la sociedad: la república aristocrática. Nuestra hipótesis es que las formas arquitectónicas preferidas apoyan y, a la vez, ayudan a construir esta identidad. Es cierto que *lo europeo* forma parte de este imaginario por varios motivos, no solamente porque era prestigioso y, a la vez, se iba afirmando una vinculación económica que los sostenía como grupo dirigente, sino porque estaba en oposición al referente industrialista norteamericano (utilizado insistentemente por Sarmiento, por ejemplo), que este nuevo grupo estigmatiza como “fenicio”:

Al contraponer modelos, Cané verificará que las bellas letras no han surgido en los Estados Unidos debido a que “sus planos no son el esfuerzo de los maestros de la arquitectura empeñados en rimar las leyes de la gravedad en el molde de la estética, sino la obra de los mecánicos y el producto de sus usinas”. (Terán 2000: 70)

El ejemplo norteamericano no es solo un ejemplo negativo, sino un peligro encarnado en los inmigrantes: “los inmigrantes ... manifestaron una verificable actividad sindical y política pero también económica. Pronto dominaron el comercio y la industria: en 1914 casi un 70% de los empresarios comerciales e industriales habían nacido fuera de la Argentina” (Terán 2000: 47). “El registro literario no deja lugar a dudas ... en tanto construcción de un escenario social siempre amenazado por la literal infiltración de personajes portadores del virus mercantilista” (Terán 2000: 53). Es así que las referencias a la industria o la maquinaria son rechazadas como antiestéticas. Un ejemplo de ello es la opinión de Hary sobre los cables grasientos de los ascensores en contraposición a la celebración del mecanismo que hace García Núñez en Chacabuco 78. La construcción de la propia identidad como grupo requirió un intenso trabajo

de educación. Un papel importante en esta verdadera ingeniería social será la incorporación de institutrices extranjeras, que educarán a los hijos en los modos de las aristocracias europeas desde la infancia, incluido el manejo de idiomas. Pero no todo se decide por un trabajo racional, también requiere un trabajo sobre los propios cuerpos:

El cuerpo cree en aquello a lo que juega: llora si imita la tristeza. No representa aquello a lo que juega, no memoriza el pasado, actúa el pasado, anulado así en cuanto tal, lo revive. Lo que se ha aprendido con el cuerpo no es algo que uno tiene, como un saber que se puede sostener ante sí, sino algo que uno es. (Bourdieu 2007: 118)

Por su parte Leandro Losada marca al deporte como

una forma de educación corporal para inculcar los comportamientos apropiados. El caso de la esgrima es paradigmático al respecto. Este deporte fue el motor que impulsó la creación del Club Gimnasia y Esgrima en 1880 y después el selecto Círculo de Armas en 1885; el Jockey cobijó en su palacio de la calle Florida una pista a cargo del esgrimista italiano de reputación internacional Eugenio Pini. (Losada 2008: 195)

Y en este trabajo de naturalización de una estructura social, cobra importancia la arquitectura. Como dice Bourdieu:

Este nuevo grupo crea un imaginario de sí mismo como grupo dirigente y, en consecuencia, vinculado con la legitimidad de un orden del conjunto de la sociedad: la república aristocrática. Nuestra hipótesis es que las formas arquitectónicas preferidas apoyan y, a la vez, ayudan a construir esta identidad.

El espacio habitado —y en primer lugar la casa— es el lugar privilegiado de la objetivación de los esquemas generadores y, por intermedio de las divisiones y de las jerarquías que establece entre las cosas, entre las personas y entre las prácticas, ese sistema de clasificación hecho cosa inculca y refuerza continuamente los principios de la clasificación constitutiva de la arbitrariedad cultural. (Bourdieu 2007: 124)

En el intercambio epistolar entre Pellegrini y Cané, con motivo de la inauguración del Jockey Club (1897), éste último escribe: “Te repito que esa cuestión del servicio es importante; ella da la idea de un club y *enseña también los hábitos de cultura social* a los que no la tienen” (cit. en Korn 2000: 49, cursivas propias). Esto es refrendado por Pellegrini, quien en carta a Cané, al inaugurar el edificio del Jockey Club, le dice:

“la casa impone”. Pocos eran los iniciados y pocos se imaginaban lo que iban a ver ... se sacaban el sombrero lentamente y miraban en torno con ojos de asombro. Desde ese momento, el indio más guarango quedaba vencido y dominado y todo su anhelo era que no lo fueran a descubrir que no estaba en su centro. (cit. en Losada 2008: 188)

Esta educación no está exenta de sacrificios, como podemos advertirlo en un escrito de Wilde:

¿Sabes por qué he venido [a Río Cuarto]? Por huir de mi casa donde no podía dar un paso sin romperme la crisma contra algún objeto de arte. La sala parecía un bazar, la antesala ídem, el escritorio ¡no se diga!, el dormitorio o los veinte dormitorios, la despensa, los pasadizos y hasta la cocina estaban repletos de cuanto Dios crió. No había número de sirvientes que diera abasto; la luz no entraba en las piezas por causa de las cortinas; yo no podía sentarme en un sillón sin hundirme hasta el pescuezo en los elásticos; el aire no circulaba por culpa de los biombos, de las estatuas, de

los jarrones y de la grandísima madre que los dio a luz. No podía comer; la comida duraba dos horas porque el sirviente no me dejaba usar los cubiertos que tenía a la mano, sino los especiales para cada plato. Aquí como aceitunas con cuchara porque me da la gana y nadie me dice nada ni me creo deshonrado. (Wilde 1899)

Eso es lo que explica, a nuestro entender, el surgimiento del *hôtel particulier* como tipología preferida por este grupo. Trataremos de fundamentarlo.

Cambios tipológicos

Fernando Diez (2009) ha estudiado la amplia variedad de tipologías que aparecen en Buenos Aires desde principios del siglo XX. Entre las viviendas urbanas encontramos las que derivan del *hotel particular* entre las clases altas, y las derivadas de la *casa de patios*, fundamentalmente la *casa chorizo*, que pasa a ser la tipología dominante entre los sectores medios y la *casa chorizo de altos* que, devenida *conventillo*, albergará a los sectores bajos (fundamentalmente inmigrantes).

A Diez nos remitimos entonces para la definición de la genealogía de estas tipologías; pero ¿cuál era el tipo de vida que las hacía preferibles? Las tipologías son funcionales a un contexto (tecnología constructiva disponible, referencias a tradiciones valoradas, etc.), pero ¿cuál es su relación con el habitar? ¿Qué cambios en el habitar provoca y permite? ¿Qué cambios se obligan a hacer los usuarios para habitarlos?, ¿qué cosas abandonan, relegan? Y fundamentalmente ¿por qué lo hacen? Se ve que a todas estas preguntas no se puede responder con la simple formulación de la “copia de lo europeo”, que pretende explicar los cambios como una sucesión de *modas*, o con su sucedáneo teórico, el teleológico y en consecuencia ineluctable “avance de la modernidad”, que en definitiva no explican nada.

Las tipologías son funcionales a un contexto (tecnología constructiva disponible, referencias a tradiciones valoradas, etc.), pero ¿cuál es su relación con el habitar? ¿Qué cambios en el habitar provoca y permite? ¿Qué cambios se obligan a hacer los usuarios para habitarlos?, ¿qué cosas abandonan, relegan?

El hotel

Pablo Hary organiza el programa del hotel en su *Curso de teoría de la arquitectura* (1916) en *recepción, habitación privada y servicios*. Nos permitimos resumir lo expuesto por él:

Recepción: a) Patio sobre el frente (al que conviene agregar una bajada cubierta o marquesina); b) Vestíbulo y portería (espacio de transición, con el aspecto algo frío de la arquitectura exterior, al que hay que agregar vestuarios); c) Gran escalera (un ascensor que debe “disimularse cuidadosamente entre cuatro paredes siendo inadmisibles la vista directa de sus guías y cables grasientos”); d) Antecámaras (para atender asuntos comerciales o recibir a desconocidos que solicitan audiencia); e) Salones (“para el mayor lucimiento de las fiestas unas veces, o para el placer de la existencia íntima según la índole del habitante. Hay un abismo entre la recepción de un palacio romano y la de un hotel francés; otro entre este último y la de un castillo de lord inglés”); f) Comedor (“no ha de tener menos de 5 m de ancho, y si el hotel es de cierta importancia, 7 metros. Un comedor de 5 x 8 metros puede ser un comedor de diario para ocho o diez personas”).

Habitación privada: “Hoy como en el siglo XVIII,⁴ se agrupan las familias en apartamentos autónomos”. Cada apartamento tiene uno o dos dormitorios (“no bajar de 60 m³ para un dormitorio de una persona”) con uno o dos cuartos de vestir, baño, armarios y w.c. “Es indispensable que el sirviente pueda entrar para limpiar o preparar el baño sin cruzar los aposentos y que el dueño pueda acceder a él directamente sin ser visto ni molestado”. Debemos agregar servicios comunes como *lingerie*, donde se cose y deposita la lencería y se guardan los vestidos y trajes fuera de

estación; pileta de lavar, filtro y calentador y un montaplatos. La habitación privada se completa con una *nursery* o cuarto de juegos de los niños en proximidad con una terraza bien asoleada. Puede tener sala de armas o gimnasio.

Servicio: Su núcleo es la cocina y sus anexos. Para la ubicación se prefiere en el mismo plano que el comedor, “con buena luz y aire, y sin peligro de llenar la casa de olores”. La limitación de los lotes obliga a optar por ubicarla en el subsuelo o en la buhardilla. Junto a la cocina se ubican las despensas, frigorífico, carbonera y bodega de vinos y licores. De la cocina, los platos pasan al *office* o antecámara, con armarios para guardar cristalerías y porcelanas. Además, están el comedor de los sirvientes y los dormitorios: “conviene una separación absoluta entre hombres y mujeres, poniendo, por ejemplo, a aquellos en la *rez de chausée* y a éstas en la mansarda o piso alto, cerca de la lencería, lavado y planchado”. Completan los servicios las caballerizas y cocheras que se agrupan en torno a un patio para lavar.

Cuáles son los cambios

Comenzaremos por ver qué cambios hay entre esas tipologías:

1. La vivienda se hace exenta, se retira de la línea municipal y se rodea de jardines. En la relación exterior-interior resuena el paso de lo rural a lo urbano y la valoración de lo natural y la ciudad. ¿Qué es afuera?, ¿cómo se ingresa?, ¿cuáles son las secuencias? El retiro de la línea municipal implica un cambio importante en la relación con la ciudad. En el palacio, el jardín separa de la calle, y permite al alejarse dar la perspectiva necesaria para mostrarse.

4. “Hoy como en el siglo XVIII”: es clara la construcción mítica de una tradición, no se refiere al siglo XVIII en Buenos Aires, sino que se construye una ascendencia con la aristocracia francesa.

La calle es el lugar de la mezcla y no alcanza la concentración de las familias patricias en el barrio norte para conjurar esa Babel.

Sobre la relación del hotel con el exterior es interesante ver lo que decía Pablo Hary en su citado *Curso de teoría de la arquitectura* en el año 1916:

Lástima grande que la carestía a veces injustificada de nuestros terrenos y la mediocridad relativa de nuestras fortunas hayan desterrado de nuestras composiciones arquitecturales el magnífico, y discreto a la vez, preámbulo, constituido por el patio o jardín al frente, *que aísla la vida íntima y social* de la mansión del ruido callejero. [cursivas propias]

¿Puede haber contraste más ridículo, vulgar y penoso que el ofrecido por un iluminado portón por el que se engolfan brillantes toilettes a la vista de harapientos mirones, agolpados en la acera de enfrente para satisfacer una curiosidad rara vez benévola?

Y culpa de la situación a “una inocente vanidad y restos de tradiciones de la gran aldea inadmisibles ya dentro del agitado crisol en que vivimos.”

Ya no es aquel espacio urbano intensamente usado del que habla Lecuona (1977), sino el espacio habitado por “harapientos mirones”. Los cambios habidos en Buenos Aires presentan una ciudad en cierto sentido incontrolable: se hablan muchos idiomas distintos (y lo que es peor, muchos dialectos). La calle es el lugar de la mezcla y no alcanza la concentración de las familias patricias en el barrio norte para conjurar esa Babel. La estrategia es, entonces, separarse, no solo “mudarse al norte”, sino romper la continuidad con la calle. El *progreso* de Buenos Aires no ha sido parejo y las diferencias entre los grupos sociales se traducen en distancias, en rejas y jardines que separan dramáticamente la vivienda de la ciudad.

2. Se hace compacta y en altura, desapareciendo los patios.

El primer patio de la casa colonial “funcionaba como un trozo de calle que se introducía en la vivienda”, según Lecuona (1977). Los patios generaban una mayor informalidad. Los nuevos espacios imponen otra territo-

rialidad y otros códigos en la vivienda. Las conformaciones espaciales acompañan los protocolos estipulados por la nueva sociabilidad que impone un trato más distante.

Se urbaniza la vivienda: “los grandes patios, llenos de plantas, abrigados del sol y regados abundantemente dan la ilusión de la vida del campo” (Daireux, cit. en Iglesia 1985: 76).

Los nuevos palacios ya no remiten al campo. El imaginario que se propone como identificador de esta nueva aristocracia no relaciona su papel dominante con su poder económico (como indicaba Jitrik en *El mundo del ochenta* de 1982), sino con aptitudes morales y culturales, excluyendo cualquier referencia material: tanto la del origen de sus ingresos como cualquier actividad manual. Esto marca una enorme diferencia con las generaciones anteriores, no solo si pensamos que Rosas fundaba en parte su prestigio en sus habilidades en las tareas rurales, sino incluso en las actitudes del propio Sarmiento, propenso a acompañar su discurso con disposiciones físicas.

3. Aparecen una variada serie de espacios de recepción.

En el hotel se presupone el ingreso desde un coche, en la casa patriarcal, caminando. El ritual de ingreso en el hotel es ceremonioso, se van atravesando lugares de representación, y los lugares privados e íntimos están en otra planta. Hay una estricta separación entre lo que se muestra y lo privado:

Los modos culturales que cambiaron, acompañando y motivando el reemplazo tipológico de la vivienda fueron: el abandono de una vida hogareña organizada alrededor de una familia extensa que comprendía tres generaciones (más los sirvientes), la que, como el censo de 1869 lo revela, integraba bajo un mismo techo la vida de más de un matrimonio; la formalización de las relaciones sociales que pasaron de las recepciones sencillas a las reuniones protocolares; la posibilidad de aprovisionamiento externo fácil y económico (el patio del fondo se hará jardín, no más gallinero ni huerta, ni árboles frutales) y, por último, la tecnificación de los servicios urbanos, de

transportes (tranvías, 1870), de teléfonos (1880). (Iglesia 1985: 75)

4. Aparecen una serie de pasillos y antecámaras, a modo de exclusas, eliminando la circulación entre las habitaciones.

Hay un gran trabajo sobre los espacios representativos y la diferenciación de los espacios de la privacidad, con la incorporación de los pasillos y las antecámaras, lo cual da idea de los cambios de modales y formas de la vida en público, el cuidado de los secretos (lo que se muestra y lo que se oculta). El trabajo de construir una vida *pública*, una imagen de la familia que antes estaba en las fotos y adornos de la sala y ahora debe ser actuada.

Hay una mayor distancia entre los propietarios y los sirvientes (y esto es extensivo a los otros sectores sociales), impuestos por las nuevas formas (una menor familiaridad), que incluye la vestimenta y los modales.

5. No son centrales los espacios destinados a la reunión familiar (que antes se realizaba en el patio) y los sectores privados se organizan como departamentos:

El habitar no fue ya un habitar “en familia”, sino un habitar individual en medio de una familia unida por lazos legales y económicos. Los rituales familiares asignaban a cada uno un rol determinado (e inflexible). La figura del padre es autoritaria pero ausente. La función protectora de la casa pierde la calidez de la casa patriarcal y sus espacios son recordados como “muy altos”, “oscuros”, “inaccesibles”. (Iglesia 1985: 77)

Una clave para comprender los modos de vida de los grupos sociales es la distinción, es decir, la adopción de formas, por diferenciación con los otros sectores, y particularmente con el de los inmigrantes. En el hotel no hay casi lugar para vivir “en familia”; los lugares privados son departamentos independientes para los distintos miembros de la familia. En la casa chorizo, a la inversa, la privacidad individual casi no existe (no hay lugar para el secreto ni individual ni familiar). Situación que es leída, desde los habitantes del hotel, como promi-

sciedad, lugar propenso a la mezcla (de actividades, de edades, de sexos), lo que provocará la preocupación por la higiene física y social de esos espacios proclives al contagio.

Es interesante destacar el lugar del higienismo: “Aunque pese a los higienistas, hemos de poner cortinados y *boiseries* en nuestros aposentos afrontando así legiones de microbios menos mortales, en resumidas cuentas, que el tedio de una morada bien esterilizada”. Pero este razonamiento no se aplica a las habitaciones de la servidumbre, donde los dormitorios “han de ser escrupulosamente limpios, aereados y soleados, y ha de evitarse en ellos todo contramarco, zócalo, moldura, susceptible de albergar polvo o insectos. En una palabra: es preciso que una blanqueada y desinfección sea cosa de pocos minutos y gasto insignificante” (Hary 1916).

En la misma lógica, Wilde abogará, en 1877, por la erradicación del cementerio de la Recoleta, pero cuando pudo hacerlo, siendo ministro en 1886, no lo concretará, sino que se lo hermoseará rodeándolo de jardines, privilegiándose el papel simbólico que la última morada de los ancestros tenía en el enclave de residencia de la elite. Con esto queremos marcar que la generación del ochenta no fue presa del positivismo, sino que el positivismo (y no solo él sino todo lo que se interpreta como *copia de lo europeo*) fue un instrumento dentro de una estrategia original.

El papel de los arquitectos

El paso de la casa patriarcal al hotel va acompañado por una valoración del arquitecto, que hace que incluso, en muchos casos, el diseño se encargue directamente en Europa. Apoyando la idea de la arquitectura como arte aparece la conformación del campo profesional, lo que plantea una especificidad que los diferencia de los ingenieros y los idóneos, en el manejo simbólico, cuestión de suma importancia sobre los mecanismos de hegemonía social.

Una clave para comprender los modos de vida de los grupos sociales es la distinción, es decir, la adopción de formas, por diferenciación con los otros sectores, y particularmente con el de los inmigrantes.

En el período previo “no era un factor reconocidamente útil el arquitecto, cuya intervención en problemas de arte era requerida solo por excepción”, dice Christophersen y agrega:

La frecuencia con que nuestras familias pudientes viajan ahora por el viejo mundo ha hecho que éstas introdujesen prácticas de lujo y confort desconocidas en gran parte aquí veinte años atrás, circunstancia ésta que ha contribuido poderosamente a hacer valorar más los méritos del arquitecto, pues jamás podrían haberse satisfecho los modernos refinamientos del buen gusto estético y de las comodidades interiores con los elementos de que antes se valían los que hacían edificar. Hoy hay cierta comunidad de ideas entre el propietario —para el cual ya no son cuentos las exigencias de la estética— y el arquitecto. (cit. en Gutiérrez y otros 1993: 54)

Fuerza es decirlo: el campo profesional se va diseñando a la sombra del proyecto aristocrático, y comparte con él ideales y principios, más allá incluso de la elitización inherente a la lógica propia del campo.

Coda

Hay un doble juego de las elites: adoptar un modo de vida para diferenciarse y a la vez presentarlo como un modelo para el resto de la sociedad. Lo que se resume en un modelo que es, por un lado, permanentemente cambiante y, por el otro, requiere de una experiencia y tradición que delata a los advenedizos, haciendo del modelo algo deseado, pero imposible de alcanzar por los otros grupos. En este sentido, no podemos dejar de marcar el aire de familia que los edificios institucionales tienen con los palacios de la aristocracia, incluso ellos mismos palacios (legislativo, judicial, etc.) que marcan claramente a qué mundo pertenecen, qué costumbres deben acreditar quienes los habitan y, por lo tanto, quiénes son sus legítimos usuarios. No es la representación de un Estado que incluye a todos, sino la de un grupo que toma los asuntos de Estado como cuestiones de familia ■

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

BOURDIEU, Pierre. 2007. *El sentido práctico* (Buenos Aires: Siglo XXI).

DIEZ, Fernando. 2009. "Normas y formas: regulación y tipologías en Buenos Aires", en Juan Manuel Borthagaray (comp.) *Habitar Buenos Aires: las manzanas, los lotes y las casas* (Buenos Aires: sca), 180-197.

GUTIÉRREZ, Ramón y otros. 1993. *Sociedad Central de Arquitectos. 100 Años de compromiso con el país. 1886/1986* (Buenos Aires: sca).

HARY, Pablo. 1916. "Curso de teoría de arquitectura I y II", en *Revista de arquitectura* 5, mayo; "Curso de teoría de arquitectura III y IV", en *Revista de arquitectura* 6, junio; "Curso de teoría de arquitectura V", en *Revista de arquitectura* 7, julio y "Curso de teoría de arquitectura VI", en *Revista de arquitectura* 8, octubre.

IGLESIA, Rafael. 1985. "La vivienda opulenta en Buenos Aires", *Summa* 211, 72-83.

JITRIK, Noé. 1982. *El mundo del ochenta* (Buenos Aires: CEAL).

KORN, Francis. 2000. "La gente distinguida", en José Luis Romero y Luis Alberto Romero (dir.), *Buenos Aires, historia de cuatro siglos*, T II (Buenos Aires: Altamira), 45-54.

LECUONA, Diego. 1977. "Hacia una teoría de la vivienda a través de los usos familiares", *Summarios* 8, 2-23.

LIERNUR, Jorge Francisco. 2008. "Introducción", en *Arquitectura en la Argentina del siglo XX. La construcción de la modernidad* (Buenos Aires: Fondo Nacional de las Artes).

LÓPEZ, Lucio V. 1960. *La gran aldea* (Buenos Aires: EUDEBA).

LOSADA, Leandro. 2008. *La alta sociedad en la Buenos Aires de la Belle Époque. Sociabilidad, estilos de vida e identidades* (Buenos Aires: Siglo XXI).

ONEGA, Gladys. 1982. *La inmigración en la literatura argentina (1880-1910)* (Buenos Aires: CEAL).

SARLO, Beatriz. 2008. "Comentarios preliminares", en Jorge F. Liernur, *Arquitectura en la Argentina del siglo XX. La construcción de la modernidad* (Buenos Aires: Fondo Nacional de las Artes).

TERÁN, Oscar. 2000. *Vida intelectual en el Buenos Aires fin-de-siglo (1880-1910). Derivas de la "cultura científica"* (Buenos Aires: FCE).

VÁZQUEZ-RIAL, Horacio (dir.). 1996. *Buenos Aires 1880-1930. La capital de un imperio imaginario* (Madrid: Alianza).

WILDE, Eduardo. 1899. *Vida moderna*, en www.biblioteca.clarin.com/pbda/cuentos/prometeo/b-264209.htm (Contacto: 11 noviembre 2010).

WILDE, Eduardo. 1967. *Cuentos* (Buenos Aires: CEAL).

RECIBIDO: 31 marzo 2011.

ACEPTADO: 17 junio 2012.

CURRÍCULUM

GUILLERMO RODRÍGUEZ es arquitecto egresado de la Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo de la Universidad de Buenos Aires (FADU-UBA). Actualmente es Secretario de Investigaciones y se desempeña como profesor titular regular de la materia Introducción a la Arquitectura Contemporánea y como profesor adjunto de la materia Historia de la Arquitectura I-II-III de la FADU-UBA.

**Secretaría de Investigaciones
Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo**
Universidad de Buenos Aires |
Cnel. Apolinario Figueroa 119, CABA,
Argentina

Tel.: (011) 15 4408 3954

E-mail: glrarq@yahoo.com.ar